

MAESTRO DE LA CIRUGÍA CHILENA

Reflexiones ante el nombramiento de Maestro de la Cirugía Chilena

La Sociedad de Cirujanos de Chile contempla entre sus nombramientos honoríficos el de Maestro de la Cirugía Chilena. Este nombramiento otorgado por el Directorio a un miembro de la Sociedad es altamente gratificante y distinguido para el que lo recibe. Este honor es muy importante, ya que representa la culminación de una carrera de cirujano. Es el reconocimiento de sus pares a una actividad societaria, docente y de actuación descolante en el mundo quirúrgico de nuestro país.

Ser nombrado maestro involucra un reconocimiento a una labor dedicada, en el caso presente, a la cirugía. Pero no sólo a lo que técnicamente conocemos como cirugía, sino a todo el arte que ella representa. Lo asistencial y técnico, lo docente y humano. También significa ser un referente para otras generaciones. El maestro es un referente para los cirujanos jóvenes. Es y debe ser una fuente de inspiración no tan sólo en su quehacer quirúrgico, sino que también en humanidad, lo que le permite formar a nuevos cirujanos. Es una gran responsabilidad por la distinción que ello significa.

Cuando el Presidente de la Sociedad de Cirujanos de Chile, Dr. Alberto Gyhra, me comunicó la noticia de que había sido nominado Maestro de la Cirugía Chilena 2004, se agolparon en mi memoria una serie de recuerdos e imágenes que me produjeron en un primer momento una gran emoción interior. Ser nominado Maestro de la Cirugía Chilena es una gran distinción. Qué méritos tenía yo para recibir tan alto honor. Di gracias a Dios por este nombramiento y en seguida pensé en mis padres. Ambos emigrantes vascos que llegaron de esa hermosa tierra en los años 20 con la ilusión de formar una familia y realizarse como personas y contribuir a la grandeza de este país. Como buenos emigrantes se dieron por entero por su nueva tierra que los acogió cariñosamente y les permitió desarrollarse como personas y económicamente a

través de la industria que formaron. Me enseñaron y formaron dentro del espíritu cristiano, de austeridad y de trabajo como lo hacen los representantes de esa tierra. Valores que hasta el día de hoy me han servido en el actuar de mi vida.

¡Qué orgullosos estarían mis padres si estuvieran vivos hoy día, para disfrutar de este nombramiento! Por eso gran parte de esta distinción es fruto de su labor.

Pensé también en mis maestros que de una forma u otra influyeron en mi formación. Son numerosas las personas, que a lo largo de los años, han contribuido con mi desarrollo. El hombre es un crisol, en donde a través de los años, se van mezclando ejemplos de vida, consejos, trabajo, virtudes que al final hacen de la persona un hombre. Cómo no recordar y agradecer lo que mis maestros me entregaron. Hombres que dieron lo mejor de ellos para aconsejarme y guiarme en los momentos buenos y malos que la vida nos depara.

Uno de ellos fue el Dr. Alberto Lucchini A., hombre brillante, imaginativo, visionario, gran cirujano. El fue quien me introdujo y me ayudó en los primeros pasos que daba en la especialidad que he ejercido toda mi vida. Cómo no recordar las miles de horas que trabajamos juntos en analizar las historias clínicas de las pacientes con cáncer de mama, para tratar de entender qué pasaba con esta enfermedad. Sus consejos, la exigencia y la honestidad que ponía en la obtención de los datos para hacer trabajos y que luego se publicaban en revistas científicas, fue una excelente escuela que conservo hasta el presente y que he tratado de traspasar a otras generaciones de cirujanos.

Otro de mis maestros fue el Dr. Luis Vargas F., Premio Nacional de Ciencias, gran investigador, que influyó poderosamente en mí al enseñarme a usar el método científico. Analizar los hechos médicos desde la perspectiva de un científico y

buscar la explicación lógica y científica a los fenómenos que observamos. Qué gran influencia. Pensar en medicina como científico. No dejar pasar los acontecimientos que vemos todos los días y que son manifestación de la enfermedad sin un mayor análisis. Los síntomas y signos están presentes, hay que interpretarlos para hacer el diagnóstico, me enseñaba. ¡Cuánto me ha ayudado aplicar esta metodología en el análisis de los problemas quirúrgicos que presentan estos enfermos!

Otra de las personas que influyeron en mi desarrollo fue el Dr. Ricardo Benavente G. Lo defino como un cirujano humanista. Fue el primer cirujano que puso en mi mano un bisturí, cuando era alumno de cuarto año de medicina en la Pontificia Universidad Católica de Chile. El recuerdo de haber hecho por primera vez una incisión en un ser humano con la finalidad de curarlo empleando este hermoso arte, fue para mí un momento muy especial. Cuánta responsabilidad. Usar el bisturí para curar a un hermano enfermo. Con cariño, respeto, sabiduría y sobre todo humanidad, me enseñó en mi primera intervención a ser cirujano. Cuánto tiempo invertido en estudio, cuántas operaciones realizadas, cuántas ilusiones, cuántos años han transcurrido desde ese primer día. A cuántos enfermos he tratado de ayudar y que me favorecieron con su confianza para que los atendiera bajo mi responsabilidad. Siempre quedó grabada esa enseñanza de ese gran cirujano. Esta amistad se extendió hasta el día de su fallecimiento. Gracias Dr. Benavente, cirujano humilde, sin grandes títulos ni honores pero con un gran corazón y entrega que contribuyó en mi formación.

Cómo no recordar también, a otro gran maestro. Creador de una escuela de anatomía patológica y formador de numerosos patólogos que ejercen brillantemente su especialidad en el país. La influencia del Dr. Roberto Barahona S., no sólo fue en la formación técnica de los patólogos, sino que también, a través de los consejos y dirección a un grupo numeroso de médicos, entre los cuales me siento muy honrado de haber pertenecido. Acciones que entregaba con sabiduría y gran humanidad. Su biblioteca personal, ubicada en su oficina del Departamento de Anatomía Patológica del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, era motivo de conversación enriquecedora para los médicos jóvenes que frecuentábamos su compañía. En ella había libros que trataban la filosofía hasta las últimas novedades de la medicina.

El médico no sólo necesita entrega de conocimientos técnicos, sino que también transferencia de humanidad, y sobre todo, entrega de directrices

para desempeñarse en su profesión y en su vida de manera prudente y equilibrada para cumplir con su misión de servicio al que sufre y poder cumplir con su objetivo de vida. El Dr. Roberto Barahona, a través de su conversación, nos iba entregando estos valores.

Cómo no recordar también, a mis maestros de EEUU, que me formaron y ayudaron cuando fui becado en el MD Anderson Hospital de la Universidad de Texas en Houston, en 1965. Los Drs. John Steling y Charles Mac Bride, ambos, cada uno en su estilo, me entregaron conocimientos y una manera distinta de ver las cosas que me han permitido aplicarlas en mi especialidad en beneficio de los enfermos que me ha tocado tratar.

Por último en este apretado recuerdo que produjo el llamado del Dr. Alberto Gyhra, es de justicia mencionar y agradecer todo lo que mi esposa Dora tiene de mérito en mi desarrollo profesional. El apoyo que me ha prestado, sus consejos oportunos, su visión de mujer sobre los problemas que se presentan en el transcurso de la vida del médico y especialmente del cirujano frente a los problemas diarios, me han permitido ir sorteándolos y crecer como persona. El apoyo de la familia que Dios nos ha permitido formar, y a los cuales les corresponde gran parte de esta distinción. Cómo no agradecer al Altísimo por todo lo que he recibido, por todas aquellas personas que he conocido y que de alguna manera han influido en mi formación y en el caminar por el sendero de la cirugía. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Y cuán fugaz es todo lo que hacemos y recibimos. La vida es un suspiro. Por eso tenemos que fijarnos en lo trascendente de ella. Son muchos años de recuerdos, de ilusiones, proyectos —algunos realizados, otros no—, pero lo importante y trascendente que va quedando y que nos acompaña es nuestro deber de cirujanos cumplido, al aliviar al hermano que sufre. Elegimos esta especialidad para aliviar y curar al que sufre. Este es el objetivo fundamental, lo otro es accesorio y viene como añadidura. Ser cirujano es una gran responsabilidad. Tratar la vida humana entregada en nuestras manos y cedida por un acto de suprema confianza del enfermo, nos obliga a entregar lo mejor de nosotros en cada acto médico y quirúrgico que tengamos que hacer. Las enseñanzas de mis maestros, anteriormente mencionados, fue lo medular de su mensaje. Cada paciente debe ser tratado con máximo respeto y cariño. Sabiduría y humanidad. Ese debe ser el pensamiento del cirujano.

Al hacer un recuento ante una noticia tan importante, como haber sido nominado Maestro de la Cirugía Chilena, he tratado de escribir estas

reflexiones que comprenden muchos años de alegrías y tristezas, de éxitos y fracasos, de estudio y sacrificio que son fruto de la influencia de las personas que me han ido formando, plasmando en mi alma el sentido médico de nuestro quehacer. Al recibir este nombramiento y preguntarme si soy merecedor a tan alta distinción, no me queda sino decir que he tratado durante toda mi vida de médico y cirujano cumplir con las enseñanzas del Evangelio y con lo que mis maestros me entregaron.

Al aceptarlo no me queda sino dar gracias a mi

amigo, el Dr. Sergio San Martín, por su benévola presentación sobre mi persona. Gracias Sergio por tus palabras. Quiero también agradecer desde el fondo de mi alma a los miembros de Directorio de la Sociedad de Cirujanos de Chile y a su Presidente, Dr. Alberto Gyhra, por esta importante distinción. Gracias.

Dr. JUAN ARRAZTOA ELUSTONDO, MSCCH
Profesor Titular
Universidad de Los Andes